

sea relación, intencionalidad, y por eso cuestión relevante y existencial para el hombre, él mismo ya un símbolo. El símbolo es la clave que vivifica el pensar y lo sitúa en las coordenadas del interés genuino. Tanto es así que la ontología colinda con la ética y hasta con la psicología, pues dado que atraviesa lo antropológico, también tiene que asumir aquel fondo misterioso del ser humano. También la voluntad y sus resortes tienen algo que decir en todo esto. Pero Beuchot esto no constituye una amenaza que pudiera colapsar el despliegue de una hermenéutica simbólica de alcance ontológico ‘fuerte’. Lo que inquieta a la voluntad (y la ética) es el *telos* de la vida, su finalidad. Aristóteles defendió que de las cuatro causas, la que tiene que ver con él (*entelequia*) es la más importante, lo que significa que lo que constituye al ser humano es la intencionalidad hacia el fin, hacia aquello que lo completa y lo hace ser plenamente ‘hombre’. De este modo, dice Beuchot, puede interpretarse la causalidad como esa vocación a la relación con lo circundante, y así al orden de proporciones y juego hermenéutica analógico, que haría de la ética un proceso de sentido, de plenitud. “Una hermenéutica del sí conduce de la metafísica a la ética”, glosa (p. 164).

Cabría, empero, cuestionar si valen todas las hermenéuticas, todos los procesos simbólicos, en la iluminación de la existencia, o si hay, por el contrario, alguna que nos acerca más a lo que somos como humanos. Dado que el analogado principal es la relación como tal, podría esgrimirse que solamente aquello que potencie el ser ente de cada ente, es decir, que permita a todas las sustancias ser en su ser concreto subsistiendo y permanecer abiertas a lo que las rodea, es digno de ser llamado proceso simbólico. Sin embargo, eso no clarifica la cuestión de su validez, sino que más bien la pospone, porque: ¿qué significa relación? ¿Es en sí mismo algo unívoco o simbólico?

Sea como fuere, lo cierto es que si la ontología quiere ser relevante (y de ahí la metafísica), debe abrirse a lo mundano, a la historicidad y a la diferencia, y dejarse llevar por los surcos de la in-determinación y la dinamicidad de nuestra experiencia existencial. De lo contrario, nos advierte sin aspavientos esta obra de Beuchot, la noche de la especulación, y con ella la del hombre y su preguntar, no habrá acabado. El trecho está ahí para ser recorrido, y nadie dijo que sería fácil hacerlo.

Miquel SEGURÓ

FERNÁNDEZ MANZANO, J. A.: *Política para la Globalización. La recuperación de lo público en la era global*. Madrid. Ediciones Antígona. 2014. 94 pp.

El libro del profesor de la Universidad Complutense de Madrid, Juan Antonio Fernández Manzano, *Política para la Globalización: la recuperación de lo público en la era global*, presenta una síntesis tanto del confuso fenómeno que es la globalización como de lo que ha supuesto y supone en nuestras actuales sociedades. Partiendo del hecho de que el mundo está cada vez más interconectado, Fernández Manzano, desarrolla un trabajo arqueológico analizando las características más significativas de nuestro momento histórico y político.

El enfoque crítico que nos presenta el autor de un mundo marcadamente cosmopolita nos conduce, en un primer análisis, a hacer converger las múltiples caras de la globalización bajo el sesgado prisma de una de ellas: la economía. Las desigualdades y los desequilibrios que amenazan con destruir la incipiente *aldeas global* son fruto de la primacía económica por encima del resto de los actores de la globalización, que hace que este fenómeno se

convierta en un proceso que responde más a intereses privados que al posible desarrollo de un bien común global.

El libro está dividido en cinco capítulos, cada uno de los cuales nos acerca más a entender las claves y retos de un tiempo de intervalo y de crisis que transita hacia un futuro en construcción cuyos parámetros fundamentales tan solo acertamos a atisbar (p. 11). Este nuevo marco histórico y político, este lienzo en blanco, necesita de nuevos pinceles para empezar a pintar en él.

El término *globalización* merece ser cuidadosamente diseccionado, pues su uso, cargado de inevitables polisemias, alberga más sombras que luces (p. 13). Así empieza el primer capítulo, buscando desentrañar el concepto de globalización y acotar a qué estamos refiriéndonos con el término. Si bien es cierto que parece que la carta de presentación de la globalización pasa irremediabilmente por el sesgo de la economía, eso nos llevaría un error de simplificación: la globalización es mucho más que economía.

La visión de la globalización desde la perspectiva económica donde el resto de los cambios (políticos, culturales y sociales) son un efecto secundario de los procesos de intercambio económico, también conocida como globalismo, nos ofrece una aproximación que si bien no es incorrecta del todo, sí es parcial. La realidad es algo más compleja y hay otros aspectos que deben ser considerados para aprehender el fenómeno de la globalización (p. 19). Incurrir en el error de allanar un fenómeno tan complejo no nos permitirá captarlo.

El primer paso pasa por entender que nuestra realidad tiene un carácter poliédrico y la interrelación de sus múltiples caras crea una serie de procesos que afecta a la inmediatez de la incertidumbre de nuestra vida cotidiana de un modo nunca antes conocido. Si tomamos consciencia de que lo que los ciudadanos hacen localmente puede llegar a tener efectos en cualquier extremo del planeta (p. 20-21), y que

esto es gracias a un tejido social interconectado que va más allá de los procesos económicos, entonces pensaremos nuestro mundo como un mundo global. En este modo integrado de pensar no puede dejar de considerar problemáticas contemporáneas como la vulnerabilidad y el desarrollo de los ecosistemas sociales.

La cuestión ahora, en el segundo capítulo, pasa por desentrañar si se trata de un fenómeno irreversible o si se trata de un estado de cosas inamovible. El autor deja claro que la globalización no es ni un fenómeno natural ni es ciego, sino un fenómeno multidimensional con un carácter deliberado y controvertible. La globalización obedece a decisiones internacionales desde diferentes focos de poder, especialmente en contextos económicos, tecnológicos, y políticos (p.25). Paradójicamente, el globalismo, pese a ofrecer una definición sesgada de nuestro mundo, es el motor ideológico de la globalización.

Gracias a las huellas que podemos rastrear en la historia reciente del fenómeno de la globalización, podemos encontrar sucesivas oleadas globalizadoras, que se remontan a las primeras sociedades industriales y que nos permiten una reflexión sobre su génesis y sus consecuencias políticas que han quedado reflejadas en los procesos contemporáneos (p. 28). Es en el tercer capítulo donde, a través de las diferentes etapas de la globalización, veremos cómo han ido surgiendo sus distintos actores y focos de poder, cómo se han ido creando las redes que comunican e interrelacionan nuestro mundo convirtiéndolo en un ecosistema social global; pero también veremos cómo asistimos al nacimiento de un mundo desequilibrado en sus cimientos, y cómo vivimos en una paradoja constante que nos une en la colectividad pero nos aísla y nos atomiza en la individualidad.

En el capítulo cuarto asistimos a la representación de la ausencia de control político que sufre el fenómeno de la globalización por crecer bajo el sesgo del globalismo, y que

imposibilita la universalización de sus efectos y prácticas, toda vez que existen diferentes roles, ritmos, velocidades y niveles de acceso a sus redes globales (p. 60). El autor desvela las características que se esconden en las sombras de la globalización, pues el problema está en que la globalización es un fenómeno inacabado que no sucede ni en todos los sitios ni con igual intensidad. Asistimos a un panorama globalizador a medio hacer con profundos focos de pobreza, con una dinámica de *apartheid* tecnológico, con un desigual reparto de la riqueza y bajo un modelo económico que es incompatible con la supervivencia del planeta (p. 67).

Aun con toda esta oscuridad, lo bueno de que la globalización sea un fenómeno inacabado es precisamente eso: que está inacabado. Existe un margen de mejora, aún hay elementos positivos que merece la pena resaltar en una globalización en crecimiento: hay una progresiva toma de conciencia sobre los problemas que afectan al planeta, aumenta la capacidad de abordar colectivamente cuestiones globales, la solidaridad global hace ver las tragedias humanas distantes como algo cercano. En este sentido, la globalización es también una fuente de oportunidad que es digna de ser aprovechada (p.70).

Sin duda, las fuerzas rectoras de los procesos globales de la globalización fueron marcadas por los países poderosos en un determinado momento, y aunque sus reglas se mantengan en el tiempo, los procesos se desvinculan de ellos y esas mismas reglas se están desvaneciendo poco a poco en el tejido social global. Es cierto que Occidente puso las condiciones, impulsó el proceso y recoge muchos de los beneficios de estos cambios. No obstante, los movimientos futuros son impredecibles y no son descartables grandes vuelcos y redistribuciones del poder (p. 72), porque la preponderancia no es nunca definitiva y mucho menos estable. Téngase en cuenta que hablamos de procesos que sobre-

pasan la capacidad de un Estado o de un agregado de ellos y se enfrentan a la diversidad de todo un ecosistema social global. Estamos por tanto en el comienzo de la globalización, un territorio en el que mucho es aun incertidumbre.

El primer paso de la globalización se ha dado con el pie equivocado. No debió ser la economía el primer motor de la globalización, no debió ser el interés privado y el afán de lucro quien jugara un papel preponderante en el inicio de las relaciones globales al margen del control público. Es innegable el hecho de que lo acontecido en cualquier parte del mundo puede tener repercusiones en cualquier otro lugar (p.76), es innegable la existencia de una red global que nos comunica a todos, pero la cuestión es saber cuál queremos que sea el siguiente paso en la globalización porque la conexión es una condición necesaria, pero no suficiente para unirnos. El panorama más inmediato que tenemos ante nosotros se caracteriza por la ausencia de un marco global y legítima que regule los procesos globales, y por la existencia de múltiples focos de poder que operan al margen del control político (p.78). Es precisamente la necesidad de un control público de la globalización el *leitmotiv* del quinto y último capítulo.

La globalización es un fenómeno que nos engloba a todos. Los problemas de corte global como el terrorismo, las mafias o la protección medioambiental, no se pueden solucionar sin un consenso global. Los actores globales responden a la primacía económica de los intereses particulares, parasitando el fenómeno de la globalización hasta los cimientos. Pueden hacerlo porque no existe una autoridad global con capacidad efectiva, porque las instituciones internacionales existentes hasta ahora tienen una legitimidad democrática escasa o nula y por lo general están supeditadas a intereses ajenos al interés común.

El próximo paso para que la globalización sea un fenómeno de unidad global real pasa

indefectiblemente por la creación de un marco global y legítimo que realice el saneamiento de la red de procesos que interconecta el planeta y permita que todos ellos rindan cuentas ante la comunidad global.

Asistimos a la apertura de un paradigma histórico y político completamente original que conlleva el mayor reto social al que se haya enfrentado la Humanidad: acabar de globalizar la globalización. La urgencia y el reto es politizar la globalización, lo cual supone democratizar sus procesos (p. 86). Llevar a cabo el desafío de nuestro tiempo requerirá un trabajo y un sacrificio constante. El reto de recuperar lo público en la era global pasa por la creación de una autoridad legítima global ante la que todos tengan que rendir cuentas de sus actos en el ecosistema social global.

A partir de aquí, Fernández Manzano deja abiertas las puertas de la reflexión para todo aquel que persuadido por estas argumentaciones acepte que es necesario sustituir los diversos y heterogéneos focos de poder existentes por instituciones políticas globales y efectivas que aseguren que ninguna instancia de poder carezca de responsabilidad (p. 85). La cuestión por despejar que motiva una nueva reflexión personal es, ¿cómo?

Sergio QUINTERO MARTÍN

HEGEL, G. W. F.: *Introducción de la Historia de la Filosofía*, Estudio introductorio, edición bilingüe y traducción de César Ruiz Sanjuán, Madrid, Escolar y mayo, 2012, 211 páginas<sup>1</sup>.

Bien conocida es la antipatía hegeliana a prólogos, introducciones o sucedáneos que

pretendan la parálisis del pensamiento a base de prejuicios narcotizantes que adolecen de encontrar su alimento en lo muerto, en lo descompuesto del pasado. Mientras la erudición momifica los conceptos en la Academia, Hegel vindica, ya desde su cátedra en Berlín, el concepto de «historia de la filosofía [como aquello que] tiene que ver con lo que no envejece, con lo actualmente vivo» (p. 115).

Sin embargo, esta antipatía es fruto, por otra parte, del reconocimiento de la contingencia del comienzo de la filosofía, ya que propiamente este «comienzo sólo se refiere al sujeto en tanto éste quiere decidirse a filosofar»<sup>2</sup>; mientras que la filosofía, como ciencia, tan sólo supone un reconducirse a sí misma en su comienzo absoluto al mismo tiempo que se resuelve como resultado: un círculo que reconoce en su trazo la necesidad universal en su contingencia singular, tal es el movimiento que bosqueja la Historia de la Filosofía sobre su propio concepto. La dilucidación de tal actividad desprendida de la envoltura de los prejuicios que orientan el sentido común cuando se dirige a este concepto, es el principal propósito de estos manuscritos que hacen las veces de introducción al concepto de Historia de la Filosofía dentro del pensamiento hegeliano.

Tal propósito, aquel que pretende liquidar los prejuicios en pos del influjo inmanente del pensamiento, es aquel que parece compartir César Ruiz como motivación para sacar a la luz una nueva edición de los manuscritos hegelianos de *Introducción a la Historia de la Filosofía*. Así lo parece, puesto que, tal y como aclara el editor en su estudio introductorio, nadie más que Hegel ha estado tan expuesto a los prejuicios de sus discípulos a la hora de la gestión de su legado durante el trabajo de edición de sus obras completas.

<sup>1</sup> Las citas correspondientes al libro reseñado serán introducidas indicando directamente el número de página entre paréntesis dentro del propio texto. El resto de las citas estarán indicadas con una nota a pie de página.

<sup>2</sup> G. W. F. Hegel (2010): *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza, §17, p. 119.